

preponderancia de Francia al otro lado de los Alpes, y la prensa francesa anunció triunfalmente la gloria de ese rey que, mas grande que Julio César, había sojuzgado en un mismo día el Rhin y el Po (1). Apenas logradas estas victorias, extendió las manos para apoderarse de Luxemburgo, la tercera de las grandes plazas fuertes que consideraba indispensables para mantener el poderío militar de Francia, plaza que

poco despues efectivamente debía arrebatarse al impotente monarca español.

Este estado de fuerza que pesaba sobre toda Europa debía inspirar necesariamente intentos de rebeldía. La toma de Estrasburgo produjo en Alemania gran exasperación, pero no menos intensos fueron el sentimiento de la impotencia y el convencimiento de que no había esperanzas de salvación. Despues



El duque Ernesto Augusto I de Hanover  
Facsimile reducido de un grabado de Pedro Drevet (1664-1739)

de las primeras reuniones que había sido imposible impedir, la de la capital alsaciana presentábase como una consecuencia de antemano aceptada porque no se contaba con medios para oponerse á ella (2), y la noticia, con toda intención pro-

(1) Legrelle, pág. 568. En París, Bossuet en uno de sus sermones celebró la toma de Estrasburgo como un acontecimiento venturoso para el Estado y para la Iglesia de Francia; y con este motivo exclamó en aquella ocasión el embajador español: ¿qué tiene que ver el negocio de Estrasburgo con el Espíritu Santo? (Relacion del embajador brandeburgués Ezequiel Spanheim en su *Relation de la cour de France en 1690*, publicada en París por Schefer, 1882, pág. xv.)

(2) Legrelle, pág. 595, ha hecho gran acopio de datos tomados de la correspondencia diplomática francesa para demostrar la extremada indiferencia con que las mas importantes cortes alemanas se portaron con motivo de la catástrofe de Estrasburgo. Estas pruebas no deben ser en absoluto rechazadas, aunque no demuestran del todo lo que con-

palada por los franceses, de que la sumisión de Estrasburgo se había hecho secretamente de acuerdo con los que gober-

ellas se propuso probar Legrelle. También los amigos de Alemania exhalaban sus quejas contra la indiferencia de los príncipes alemanes con ocasión de la toma de Estrasburgo. Guillermo III de Orange, por ejemplo, escribía al conde Waldeck: «lo que disgusta en este asunto es que la mayor parte de los príncipes del Imperio se ven enredados en él para sacrificar á esta ciudad, y de seguro que habrá mayoría de votos así en el colegio de los electores como en el de los príncipes, etc.» (carta de 11 de mayo de 1682, publicada por P. L. Müller en la obra *Guillermo III de Orange y el conde Fr. de Waldeck*, tomo I, pág. 158); pero en la misma carta, Guillermo III, que estaba perfectamente enterado, ensalza, en contraposición de lo que dice Legrelle (pág. 601), la resuelta energía del elector de Baviera que no quería ceder á Estrasburgo. Los diplomáticos franceses no miran siempre el fondo de estas cosas y gustan de referir lo que en París se decía.

naban en la ciudad, fué por muchos creída porque les quitaba un peso de su intranquila conciencia y podían utilizarla para formular enérgicas acusaciones de traición.

Unicamente en Viena agitáronse desde luego sérios proyectos de guerra, agitación motivada quizás menos por la cuestión alemana que por la habsburguesa. Recordábase allí sin duda aquella manifestación atribuida á Carlos V de que en caso de que á un tiempo mismo los turcos atacaran á

Viena y los franceses á Estrasburgo, abandonaría sin vacilar la capital austriaca y procuraría con todas sus fuerzas salvar á la ciudad alsaciana (1). La corte imperial, sin embargo, sintió casi mas que la pérdida de Alsacia y de su capital la de Casale, pues indicaba que España estaba amenazada no solo en los Países Bajos, sino también en el ducado de Milan. En vista de ello, resucitaron las ideas del interés común de los Habsburgos, de ambos países, y Borgomanero,



Emerico Tekely. Facsimile de un grabado anónimo de la época

embajador español en Viena, apoyado por el padre Emmerico, confesor del emperador, y del marqués Hermann de Baden, sucesor de Montecúculi en la presidencia del Consejo áulico, supo avivar los deseos de guerra llamando la atención sobre la sucesión al trono de España (2). Era evidente que estaba á punto de estallar una nueva guerra contra los turcos y también se sabía en Viena cuán activamente intrigaba Francia en Polonia para que este país no pudiera gozar de tranquilidad y para promover nuevos conflictos con la Puerta: había, pues, en perspectiva el gravísimo peligro de dos guerras simultáneas, una en el Este y otra en el Oeste, en-

(1) Wagner: *Hist. Leopoldi Magni*, tomo I, pág. 522.

(2) El conde de Mansfeld, embajador austriaco en París, en cuanto observó los primeros indicios de la empresa tramada contra Estrasburgo, declaró al ministro Croissy «que los consideraba como un principio de ruptura con el emperador y el Imperio:» así lo refiere el embajador brandeburgués Ezequiel Spanheim (Schefer, XV).

lazadas con la revolución en Hungría. Los austriacos empezaron entonces á dar crédito al rumor de que existía una alianza franco-turca que se proponía un reparto de la monarquía austriaca, en virtud del cual Hungría y Austria pasarían á poder del sultán y Bohemia con sus provincias anejas de Moravia y de Silesia serían adjudicadas, como territorio hereditario alemán, al Delfín que en la próxima elección debía ser proclamado emperador (3). Los peligros se acumulaban, pues, por todos lados; pero en la corte de Viena, contra todos los intereses y opiniones prudentes, prevalecía la tendencia de que debía comenzarse ante todo la lucha contra Francia, por ser la que mayor importancia tenía, procurando aplacar al adversario otomano con negociaciones conciliadoras.

(3) Este rumor, á todas luces falso, es citado por Pufendorf (*Federico Guillermo*, capítulo XVIII, párrafo 62), el cual lo tomó probablemente de los despachos del embajador brandeburgués Crockow.



A la sazón habíase ya concertado alianzas en el extranjero: precisamente entonces Guillermo III de Orange empezaba á dedicar su infatigable actividad á la reorganización de un gran partido europeo de oposición á Luis XIV. Abandonado por Carlos II de Inglaterra, que de nuevo se había unido á Francia, el de Orange, apenas firmada la paz de Nimega tan á disgusto aceptada, comenzó sus trabajos para la formación de un nuevo partido. Al principio su tentativa tuvo poco éxito hasta el punto de ser rechazada por su propio tío, Federico Guillermo de Brandeburgo. La primera potencia con la que logró entenderse fué Suecia, cuyo rey Carlos XI, que por otras causas de las que á él le impulsaban y especialmente por la humillación sufrida en las *reuniones* de Dos Puentes estaba disgustado contra Luis XIV, se mostraba de buena gana dispuesto á contraer otra alianza. En marzo de 1681 firmóse entre Suecia y los Países Bajos un *tratado de asociación* por veinte años, cuyo objeto, claramente contrario á Francia, era el mantenimiento de las paces de Westfalia y de Nimega, es decir, la anulacion de todos los actos de usurpación violenta llevados á cabo desde 1679 por Luis XIV (1). En esta alianza, que en un principio fué considerada, especialmente por los Estados generales, solo como defensiva, entró en el otoño de aquel mismo año el emperador Leopoldo y poco despues tambien Carlos II, rey de España.

Poco á poco cobraban tambien nueva vida en el Imperio las antiguas ideas unionistas: el conde Jorge Guillermo de Waldeck, que con ellas había comenzado en otro tiempo su carrera política sirviendo á Brandeburgo (2), volvía á aceptarlas en muy diferentes circunstancias. Al servicio de los Países Bajos desde 1672 y nombrado gobernador de Maestrich despues de la paz de Nimega, con el transcurso de los años llegó á ser uno de los mas íntimos confidentes políticos de Guillermo III de Orange, dedicándose á la importantísima tarea de organizar la resistencia contra el excesivo poderío de Francia. En union de los ilustres flamencos Fagel, Heinsius, Bentinck y otros, formó el reducido círculo de compañeros completamente iniciados con quienes el reservado Orange hablaba de sus planes mas secretos, relaciones que no se alteraron hasta la muerte de Waldeck acaecida en 1692.

Ya en setiembre de 1679 había firmado una union para la mútua defensa con muchos Estados imperiales pequeños y aun insignificantes, á saber: los condes y príncipes de Nassau, los condes de Hanau, Solms, Isenburgo, Wied, Stolberg y otros señores de escasa importancia de Wetterau, Westerwald y Eifel, al frente de los cuales habíase puesto como director de una liga al principio poco importante y encaminada especialmente á defender con un reducido ejército aliado á aquellos Estados imperiales, impotentes cada uno de por sí, contra las vejaciones militares de otros Estados *armados*, sobre todo contra las del obispo de Munster. Pero á poco de haberse organizado esta union de Waldeck concertó con ella estrechas relaciones de alianza el landgrave Carlos de Hesse-Kassel, que disponía de un ejército perfectamente organizado.

Paulatinamente fueron adhiriéndose otros elementos á este núcleo exíguo y á costa de grandes esfuerzos por Waldeck constituido; mas á pesar de las repetidas instancias de éste

(1) Dumont: *Corps universel*, tomo VII, págs. 2 á 16, en donde tambien se encuentran las declaraciones de los que posteriormente entraron en la alianza y las ampliaciones que ésta tuvo.

(2) Para lo que sigue, véanse la obra de Kopp: *Disertacion profunda acerca de la Asociación de los círculos imperiales anteriores* (Francfort del Mein, 1739); la de P. L. Muller: *Guillermo de Orange y Jorge Federico de Waldeck* (El Haya, 1873-1880), y la de Fester: *Los Estados armados y la constitucion militar del Imperio, 1681-1697* (Francfort del Mein, 1886).

y de Guillermo III, los duques de Brunswick se negaron á entrar en la nueva alianza, porque estos magnates, y muy especialmente el ambicioso Ernesto Augusto de Hanover, trataban de alcanzar la realizacion de sus vastos planes propios manteniéndose en una posicion intermedia entre ambos partidos. El elector Anselmo Francisco de Maguncia tambien veía en la union mas bien un peligro que una seguridad. En cambio, en la entrevista que en setiembre de 1681 se celebró en Friedberg, adhirieron á la alianza el landgrave de Hesse-Darmstadt y el príncipe abad de Fulda, y algunos meses despues el obispo Pedro Felipe de Bamberg y Wurzburg y el círculo francoño, y poco mas adelante el duque de Sajonia Gotha.

Waldeck había seguido todas estas negociaciones en estrecha inteligencia con Guillermo de Orange: el pensamiento que en este asunto les guiaba al principio no era en manera alguna ofensivo; trataban únicamente de asegurarse contra cualquiera violencia que pudiera intentar nuevamente el monarca francés. La cuestion estribaba á la sazón en poner las fuerzas de la nueva union en combinacion con la corte imperial que, segun hemos visto, precisamente entonces entraba en el tratado de asociacion concertado entre Suecia y los Países Bajos, asociacion en la cual el partido de la guerra insistía cada vez con mas fuerza en la necesidad de un rompimiento con Francia. Waldeck se dirigió personalmente á Viena acompañado de un plenipotenciario del círculo francoño, y despues de muchas semanas de negociaciones firmóse en 10 de junio de 1682 la alianza de Laxemburgo entre el emperador y los estamentos de los círculos francoño y del Alto Rhin pertenecientes á la union, alianza que tambien se llamó de Waldeck, por ser éste el que la había llevado á cabo (3).

Esta alianza, consignada en un documento bajo todos conceptos notable, fué una nueva tentativa para organizar, sobre la base de la confederacion (ó asociacion, como entonces se decia) de los Estados imperiales á los cuales se había unido ya el propio emperador, la defensa comun, y esta tentativa hacíase al tiempo mismo que la dieta de Ratisbona se ocupaba en redactar una amplia constitucion militar para todo el Imperio. La desconfianza, por desgracia justificada, que inspiraba la eficacia de lo acordado para todos contribuyó por lo menos á asegurar lo que con la union particular podía conseguirse. Los aliados de Laxemburgo, para lograr el mantenimiento de las cláusulas de los tratados de paz de 1648 y 1679, y para proteger las fronteras del Imperio violadas unas y amenazadas de serlo otras, obligáronse á situar inmediatamente tres ejércitos en el Alto, Medio y Bajo Rhin. Para completar estos armamentos había el propósito de entrar tambien en negociaciones con los otros Estados cuya cooperacion era de esperar, es decir, con Baviera, la Sajonia electoral, los dos Brunswick y los círculos suabio y bávaro. Dadas las circunstancias existentes, era de suponer que no todos los Estados se inclinaban á la realizacion práctica de los acuerdos de la dieta de 1681 y á una enérgica política anti-francesa; así por ejemplo, con el elector de Brandeburgo no había que contar en ningun caso y los electores eclesiásticos del Rhin combatían toda idea de guerra. Por esto se procuró, por de pronto, dar una organizacion militar á lo menos á aquella parte del Imperio que estaba pronta á coadyuvar á los patrióticos planes de accion de Waldeck y á apoyar las intenciones de la corte de Viena.

(3) Véase la relacion que acerca de estas negociaciones seguidas en Viena envió Waldeck á Guillermo III en L. P. Muller: *Guillermo III y el conde F. de Waldeck*, tomo I, pág. 153. El tratado de alianza está inserto en la obra de Dumont, tomo VII, págs. 2-23; Kopp: *Apéndices*, página 56.

Algunas circunstancias favorables parecían auxiliar estos esfuerzos: entonces precisamente ocurrió en las cortes electorales de Munich y de Dresde un cambio decisivo en favor de la política imperial.

El elector de Baviera, Fernando María, el leal aliado del monarca francés, falleció en 26 de mayo de 1679 (1) dejando un hijo de diez y siete años, llamado Maximiliano Manuel, que poseía el temperamento fogoso de su madre italiana. Apenas encargado de la regencia el duque Maximiliano Felipe, tío del huérfano, estalló violenta lucha entre los partidarios de Francia y los de Austria para conseguir la preponderancia en el nuevo gobierno. Durante algun tiempo prevalecieron las tendencias francesas, representadas por el influyente vice-canciller Gaspar Schmid: en 1680 verificóse el matrimonio, tiempo hacia proyectado, de la princesa bávara María Ana, hermana del joven elector, con el Delfín de Francia, y aun la corte de París propuso á Maximiliano Manuel como esposa á una sobrina del monarca. Pero entretanto no se descuidaba tampoco la política imperial en Munich: los actos de violencia cometidos por los franceses en 1680 impresionaron profundamente el corazón del elector, excitado por un sentimiento de ardiente patriotismo. En julio de dicho año, Maximiliano Manuel, que había llegado á su mayor edad, empuñó las riendas del gobierno, y poco despues, en las negociaciones que se siguieron en Ratisbona para la reforma de la constitucion militar del Imperio, Baviera apoyó enérgicamente las proposiciones del emperador, con gran disgusto del gobierno francés. La entrevista que en marzo de 1681 celebraron en Altötting Maximiliano Manuel y el emperador Leopoldo estableció entre ambos la mas íntima union de voluntades. Leopoldo regaló una preciosa espada al joven elector, el cual dijo al recibirla que solo la utilizaria «en defensa del emperador.» La noticia de la toma de Estrasburgo produjo en Munich manifiesto descontento y fué considerada como «una violacion de la paz que nada podía justificar.» Así como en París se tenía dispuesta para Maximiliano Manuel una princesa francesa, en la corte imperial se deseaba casar al elector bávaro con una hija de la casa de Austria. Muy distintas fueron durante largo tiempo las intenciones personales del joven príncipe, que sentía una violenta pasión por la hija del duque Juan Jorge de Sajonia Eisenach, la hermosa princesa Leonor Erdmuth; pero la enérgica intervencion de la curia romana que preveía gravísimos peligros para el catolicismo bávaro en el caso de que el elector se enlazara con una princesa de una dinastía protestante, aunque abrazara la religion católica, hizo que Maximiliano Manuel desistiera de lo que con tanto afán deseaba. La diplomacia francesa, en contra de las pretensiones de Roma, no había vacilado en apoyar los proyectos matrimoniales del elector con la protestante para evitar la temida posibilidad de un casamiento con una austriaca; pero precisamente este enlace y las soberbias perspectivas que con él se ofrecían para el porvenir á la casa de Baviera fueron utilizadas en contra de la princesa de Eisenach. Si Carlos II de España moría sin hijos como era de presumir, la llamada á heredar la corona española era la hija del emperador Leopoldo y de la española Margarita, la archiduquesa María Antonia, que á la sazón contaba doce años y que era la novia destinada al elector Maximiliano Manuel. Mas adelante veremos el importante papel que este matrimonio, al fin realizado, hizo representar á la política bávara en el desenvolvimiento de la cuestion de sucesion del trono de España.

(1) Para lo que sigue véase especialmente el trabajo de Heigel, abundante en datos completamente nuevos: *Cambio de la política bávara en los años 1679-1683* (*Fuentes y disertaciones para la historia de Baviera*, N. F. Munich, 1890), pág. 48.

Maximiliano Manuel inclinábase mas y mas á la corte imperial. Despues de muchas vacilaciones y alternativas, pues todavía quedaban por negociar en París cuantiosos atrasos de subsidios que el ministro Colbert se resistía á pagar, llegóse por fin á una solucion definitiva, firmándose en 23 de enero de 1683 una alianza defensiva así contra los turcos como contra cualquier otro peligro que se presentara. Algunas semanas despues el canciller Schmid fué separado del servicio del elector, con lo cual la influencia francesa en la corte de Munich sufrió el primer quebranto, y el joven príncipe, aficionado á las cosas de la milicia, que entonces comenzaba á echar los cimientos de un ejército bávaro permanente, púsose en condiciones de juntar sus armas con las imperiales, bien en el Danubio contra los turcos, bien en el Rhin contra «las llamadas *reuniones* y contra los atentados y usurpaciones de Francia.»

El cambio de gobierno ocurrido en Dresde imprimió tambien nuevo sesgo á la política de la corte sajona haciendo que se inclinara á la union con el emperador y al aumento de fuerzas apercibidas para la resistencia. La amistad con Francia se había ya debilitado considerablemente en los últimos tiempos del anciano elector Juan Jorge II (2), y á la muerte de éste, acaecida en 1.º de setiembre de 1680, su sucesor Juan Jorge III (1680-1691), que ya como príncipe electoral había mostrado su antipatía hacia los franceses, dejó que se debilitara cada vez mas la estrecha union en que con éstos había vivido el electorado y se aproximó mas y mas al emperador. Era Juan Jorge III un príncipe muy aficionado á las cosas de la milicia y ya desde los comienzos de su gobierno anunció el propósito «de reglamentar y regimenter sus tropas,» haciendo para ello reclutamientos en grande escala. En el otoño de 1682 estaban organizados los nuevos regimientos y quedaba convenido con los estamentos rurales el modo de atender á su manutencion, con lo cual se sentaban las bases para el desenvolvimiento del ejército permanente sajón (3) que pronto había de hallar ocasion de acreditarse en la guerra turca.

Entonces los duques de Brunswick, Ernesto Augusto de Hanover y Jorge Guillermo de Celle, aunque con muchas reservas y adiciones de cláusulas, se mostraron inclinados á adherirse al nuevo partido, llegando el primero á firmar un tratado con el emperador para situar un ejército de 10,000 hombres en el Bajo Rhin (14 de enero de 1683). Por tanto al comenzar el año 1683 la union de los Estados imperiales contrarios á Francia había adquirido cierta fuerza. El conde Waldeck habíase mostrado infatigable para dar cohesion y atraer nuevos elementos á aquel partido, así como para llevar adelante los aprestos militares de los miembros de la union. El emperador para recompensar los servicios del autor de la alianza de Laxemburgo confirióle en junio de 1682 la dignidad de príncipe del Imperio.

En un solo punto, precisamente de suma importancia, fracasaron todos estos esfuerzos: en Berlin.

El elector Federico Guillermo siguió rechazando impasible cuantas gestiones se intentaban para atraerle al nuevo partido. Del mismo modo que había mostrado su descontento en los Países Bajos con incesantes reclamaciones para percibir el resto de los subsidios y en Viena con la reproduccion de sus quejas sobre la cuestion de Silesia, la política brandeburguesa agitábase activamente en todo el Imperio trabajando con todas sus fuerzas para hacer fracasar la obra

(2) Helbig: *Relaciones diplomáticas de Juan Jorge II con Francia* (*Archivos para la historia de Sajonia*, tomo I, pág. 289); Auerbach, página 478.

(3) Schuster y Franke: *Historia del ejército sajón*, tomo I, página 97.



de Waldeck y de Guillermo III. Todos los documentos que de la corte de Berlín salían eran variaciones sobre el mismo tema de la condenación del tratado de Nimega y del abandono de Brandeburgo con él consumado, añadiendo que, una vez firmada aquella paz y en su consecuencia desarmada Alemania, era imposible resistir al violento impulso de Francia, tan superior en fuerzas y armada tan perfectamente; que las reuniones eran reprobables y la toma de Estrasburgo lamentable; pero que desde el momento en que el Imperio no estaba militarmente á la altura de Francia no había mas remedio que arreglarse pacíficamente con ella y cederle lo que no se podía defender. En el Parlamento, en Viena, en Dresde, en todas partes donde la ocasión se presentaba, la diplomacia brandeburguesa trabajaba con vivo empeño para que en la cuestión de las reuniones se llegara á un acuerdo conciliador con Francia que evitara por mucho tiempo el peligro de una nueva guerra. Además, y este argumento era el que mas fuerza hacía, Austria se veía evidentemente amenazada de una nueva guerra contra los turcos y no contaba con medios suficientes para sostener dos grandes guerras á un mismo tiempo.

Estos reparos que oponía Brandeburgo tenían indudablemente un fondo de verdad: los recursos militares de que podía disponer el nuevo partido de la guerra eran por de pronto insuficientes é inseguros; pero entrando en la unión Brandeburgo hubiera en parte subsanado esta deficiencia, además de que su ejemplo no habría dejado de influir en el ánimo de algunos otros Estados del Imperio. Las instancias del elector en pro de la paz y de la conciliación y sus indicaciones acerca de la impotencia de los alemanes y de la invencibilidad de los franceses habían sido mas favorablemente recibidas si hubiesen partido de un consejero completamente neutral é imparcial; pero Federico Guillermo no era ni lo uno ni lo otro. Mas fuertes quizás que su indignación personal por la injusticia con él cometida en la paz de Nimega, indignación que un sentimiento de equidad no permite calificar de justificada en todos sus puntos, eran las cadenas con que voluntariamente se había ligado á Francia, y con su política de paz trabajaba en pro de los intereses franceses tanto como creía servir á los suyos propios. Realmente Berlín fué entonces por algun tiempo el cuartel general de la política francesa en Alemania, desde el cual influía eficazmente en el Imperio el conde de Rebenac, embajador de Luis XIV.

Desde la antes mencionada alianza de octubre de 1679 (1), habíanse estrechado mas y mas las relaciones entre las cortes de París y de Berlín, firmándose en 11 de enero de 1681 una alianza defensiva por diez años, cuyos artículos, que á pesar de cierto disimulo indicaban claramente la verdadera situación de las cosas, ponían de hecho la política brandeburguesa completamente al servicio de Luis XIV. Una de las estipulaciones que mas caracterizaban esta sumisión de Brandeburgo á Francia era la que imponía al aliado cuyo auxilio reclamara el otro la obligación de prestárselo (sin mirar si la causa del que se lo pedía era justa ó injusta, cláusula evidentemente redactada teniendo en cuenta la cuestión de las reuniones francesas y que obligaba al elector á defenderlas tanto si las estimaba como si no las estimaba justificadas (2). «Queriendo contribuir tambien en algo — así dice

(1) Véase mas arriba.

(2) Inserta en los *Tratados internacionales* de Morner, pág. 708, y en la pág. 710 de la misma obra se encuentra la estipulación del artículo 5.º que dice: «se ha convenido y pactado que sin examinar la razon ó la sinrazon que pueda asistir al aliado requirente, ni investigar si éste es ó no el autor y la causa de la contienda, bastará que se vea perturbado ó molestado en sus tierras, estados, derechos, pretensiones y de-

el tratado — al poderoso armamento que Su Alteza Electoral se ve obligada á mantener,» el rey promete satisfacer al elector la pensión de 100,000 thalers anuales.

Es muy posible, como se ha asegurado, que esta alianza no hubiese sido nunca del agrado del elector Federico Guillermo á quien apenó profundamente la toma de Estrasburgo por la cual dirigió graves reconvenciones al conde de Rebenac, diciéndole que era una violación manifiesta de la paz de Westfalia y que con ella no se había hecho mas que excitar á los Estados del Imperio á echarse en brazos del emperador. Mostróse tambien muy resentido porque el rey de Francia no le había participado anticipadamente su proyecto; pero su disgusto no pasó de aquí y Rebenac comprendió pronto que tambien en Berlín se aplacaban rápidamente los ánimos ante el hecho consumado, pues tres dias despues de haberse recibido la noticia de la rendición de la capital alsaciana, y así lo refiere él mismo burlescamente en una carta particular, el elector le regaló una hermosa espada adornada de diamantes (3).

El elector persistió tenazmente en su idea de que no debía ayudarse al Imperio y de que éste debía someterse á su suerte en castigo de la paz de Nimega, idea que con gran dureza y no sin ironía proclamó Jena, su embajador, en la dieta de Ratisbona formulando un voto que produjo extraordinaria sensación.

Como se ve, Federico Guillermo se aferraba cada dia mas al punto de vista de sus intereses particulares: la amistad de Francia le aseguraba firme apoyo contra todos los enemigos y los subsidios franceses eran una poderosa ayuda para el sostenimiento de un grande ejército considerable; pero ¿no podía esta alianza reportarle aun otras ventajas?

La cuestión de la Pomerania se presentó inmediatamente á su imaginación. La Suecia, á consecuencia de aquella asociación con los Países Bajos de que antes hemos hablado, se había separado de la alianza francesa y puesto al lado de la unión enemiga de Francia: esto sentado, ¿tenía todavía Luis XIV algun interés en defender á toda costa á su desleal aliado Carlos XI en sus posesiones de Alemania como lo había hecho tres años antes? ¿No podía acaso el monarca francés cicatrizar las heridas que se habían inferido al elector con la paz de San Germain? En la primera entrevista que á propósito de la conquista de Estrasburgo celebró el elector con Rebenac, habló aquel de las relaciones con Suecia y el embajador francés pudo comprender cuán vivamente deseaba Federico Guillermo que se volviese á poner sobre el tapete la cuestión de Pomerania (4).

Nada demuestra que esta indirecta que en serio lanzaba el elector fuese atendida en París: asimismo eran infundados los rumores que se hacían circular de planes agresivos acariciados por Suecia contra Brandeburgo. Lo que á la sazón importaba al rey de Francia era asegurar en la paz el botín de las reuniones: la asamblea de diputados franceses y ale-

mas... para socorrerle y ayudarle de hecho y realmente, etc.» Droysen, tomo III, pág. 477, que por rara excepcion en él califica de humillante este tratado, no inserta esta cláusula.

(3) Relacion de Rebenac á Luis XIV (o. D.) en Legrelle: *Louis XIV et Strasbourg*, pág. 604: la noticia del regalo de la espada (una espada muy hermosa guarnecida de diamantes que el señor elector me obliga á aceptar) en las *Lettres inédites des Feuquières*, ed. Gallois, página 265.

(4) Relacion de Rebenac en Legrelle, pág. 607: «púsose á discutir sobre Pomerania y habló de ella con tanta facilidad como pudiera haberlo hecho, en efecto, si hubiese acometido la empresa y se hubiese visto apoyado en ella por Vuestra Majestad.» Tambien escribía Rebenac á Feuquières en 18 de noviembre de 1681: «si el Rey quiere darme autorización para ello, me comprometo á ponerle (al Elector) en el centro de la Pomerania antes de dos meses.» (*Lettres inédites des Feuquières*, ed. Gallois, pág. 268.)

manes que se reunieron en Francfort para tratar de esto no produjo ningun resultado, dejándose definitivamente el asunto para la dieta de Ratisbona. En cambio inspiraron algun cuidado al gobierno francés el afán de lucha que visiblemente se despertaba en la corte de Viena y los esfuerzos que en el Imperio y en los Estados vecinos hacia la asociación hostil á Francia, cooperando á los deseos del emperador. Por este motivo confirmóse y amplióse por medio de un nuevo tratado, en 22 de enero de 1682, la alianza defensiva firmada el año anterior con Brandeburgo, obligándose Luis XIV respecto de éste á contentarse con el botín hasta entonces conquistado por virtud de las reuniones y á no formular ninguna otra pretension, pero comprometiéndose de nuevo ambas potencias á mantener el *status quo*, aumentando el número de tropas de auxilio que mutuamente debían facilitarse, elevando el rey de Francia á 400,000 libras la pensión de 100,000 thalers que satisfacía anualmente al elector y asegurando á éste para el caso de una guerra un subsidio anual de 300,000 thalers (1).

En los mismos dias en que se firmaba este tratado quedaba concertada una alianza defensiva con Dinamarca (2), potencia con la cual estaba entonces la monarquía francesa en las mas íntimas y cordiales relaciones, y cuando en el transcurso de aquel año se avivó el antagonismo y parecia cada vez mas inminente el choque entre Francia y las potencias de la asociación y de la alianza de Laxemburgo, uniéronse tambien en mas estrecho haz los miembros de la contraalianza, hasta que se negoció y firmó en 30 de abril de 1683 entre Francia, Dinamarca y Brandeburgo una liga dirigida especialmente contra Suecia y sus supuestas miras belicosas sobre el Imperio, y en la que se pactaba la conquista de la Pomerania occidental y de Rugen para Brandeburgo, y la de Bremen, Verden y Wismar (aunque respetando la libertad de la ciudad imperial de Bremen) para Dinamarca (3).

Este tratado, aunque despues no fué ratificado por Brandeburgo, demuestra de un modo evidente cuáles eran las tendencias entonces dominantes. Al elector debió de satisfacerle ver que en él le reconocía formalmente el monarca francés sus pretensiones sobre Pomerania: la idea de reanudar pronto la lucha contra Suecia y de arrojar á esta potencia del Norte de Alemania fué en aquellos años uno de los motivos, aunque ocultos, mas importantes de su política y una de las causas mas poderosas de su alianza con Francia; pero este no era mas que un hilo del complicado tejido de su difícilísima situación política, en la que existían otra porción de circunstancias no menos dignas de ser tenidas en consideración. Quizás la política francesa deseaba una nueva guerra en el Norte que le facilitase la conquista de nuevos territorios en el Rhin; pero el elector no tenía por el momento mas intencion que conservar abierto un portillo para promover nuevamente la cuestión sueco-pomerania. No podía apartar de su memoria á Stettin y las desembocaduras del Oder, y á estos puntos sentía de nuevo atraída su mirada con motivo de las empresas marítimas acometidas entonces con tanta porfía. La situación política general no era, sin embargo, muy á propósito para añadir á las existentes una complicación nueva, en la cual Brandeburgo habría tenido que emplear todas sus fuerzas (4).

(1) Morner: *Tratados internacionales*, pág. 715.

(2) Fechada en 31 de enero de 1682. El texto, en Morner, página 428.

(3) Morner: *Tratados internacionales*, pág. 721.

(4) Droysen, tomo III, pág. 499, poco acertadamente, considera el proyecto de alianza de 30 de abril de 1683 solo como un disparo de alarma diplomático, con gran talento concebido y de grandes resultados, dirigido especialmente contra los príncipes de Brunswick. Pu-

La situación, de todos modos, era la siguiente: mientras algunos príncipes alemanes y extranjeros trabajaban afanosamente y con lento éxito para formar una nueva asociación que pusiera coto á la desenfadada arrogancia de la política francesa, el elector Federico Guillermo se ponía al lado de Luis XIV, abogaba en el Imperio por que se le dejara disfrutar en paz de su usurpación y rechazaba cuantas tentativas se hacían para atraerle al partido de la resistencia (5). Disponía además de unos 24,000 hombres aguerridos; su alianza era de importancia suma y su hostilidad ejercía una presión debilitante sobre todos los enemigos de la soberanía despótica del monarca francés en Europa.

Aunque en aquel momento el pensamiento del gabinete de Viena tendía sin duda alguna principalmente á una nueva



Medalla conmemorativa de la tribulación que pasó Viena en 1683  
Tamaño del original

guerra contra Francia, la suerte dispuso que el Estado austriaco se viera obligado, contra sus deseos y su voluntad, á llevar sus armas al lado opuesto; pero despues de gravísimos apuros y de las gloriosas victorias que á éstos se siguieron surgió para el Austria inesperada felicidad: de allí habían de arrancar la verdadera creación de un Imperio húngaro de los Carpacios, la conquista duradera de Transilvania y los sólidos cimientos de la importantísima situación de la moderna Austria en las marcas del Este de Europa.

De la incesante confusión producida por los continuos rozamientos entre Hungría, Transilvania y Turquía, confusión cuyos detalles apenas podemos hacer mas que mencionar, surgió en el verano de 1683 una nueva guerra turca, la última en que los ejércitos otomanos han llegado hasta los territorios fronterizos de la civilización europea occidental (6).

fendorf, tomo XVIII, párrafo 90, hace una exposición magistral de las complicadas y opuestas causas que motivaron esta política brandeburguesa en aquella situación.

(5) Véanse las dos cartas de exhortación que en 1681 y 1683 dirigió Waldeck al elector, en la obra de Erdmannsdorfer: *El conde Waldeck*, página 472.

(6) Con motivo del centenario celebrado en 1883, se publicaron muchos documentos auténticos, en parte muy valiosos, sobre la guerra turca de 1683 y el sitio y liberación de Viena: de ellos solo citaremos los siguientes: *El año de guerra de 1683, según documentos y otras fuentes auténticas*, publicación llevada á cabo por la sección de historia de la guerra del Archivo imperial, Viena, 1883; *El año 1683 y la gran guerra turca hasta la paz de Carlowitz*, por O. Klopp, Graz, 1882; *Documentos para la historia del sitio de Viena*, etc., por Newald, Viena, 1883; *Datos para la historia de la guerra turca de 1683 (participación que en ella tuvo la Sajonia electoral)*, por Hassel y el conde Bitz-